ISIDORO ZORZANO
"Testigo" de su siglo

Rvdo. Dr. José Miguel Pero-Sanz
Director de la revista "Palabra"

La bienaventuranza significa la plenitud de la vida en Cristo, a la que por el Bautismo están llamados todos los fieles. Se alcanza a través de un proceso transformador que, con la colaboración del propio interesado, va realizando la gracia de Dios durante la existencia terrena de cada bautizado. Si es del caso –y a menudo parece que lo es–, el proceso transformante, requerido para la bienaventuranza, se perfecciona después de la muerte (purgatorio).

Así, pues, todos los bienaventurado son "santos" y la Iglesia celebra su solemnidad litúrgica colectiva cada 1 de noviembre. Respecto a la mayoría de ellos, desconocemos el itinerario de su santidad, consumado con posterioridad a su tránsito de este mundo; y, en este sentido, resulta imposible tomarlos como referencia concreta para quienes vivimos aquí.

Pero, en su Providencia, Dios ha querido que nunca falten bienaventurados –santos– cuya transformación en Cristo resulte apreciable ya durante la fase terrena de su existencia; y sean, de ese modo, testigos de vida cristiana para el resto de los fieles. Algunos de ellos han dado su testimonio (*martyrion*), al aceptar una muerte violenta inferida por odio a Dios: son los *mártires*. Sin llegar a la muerte, otros –en tiempo, igualmente, de persecución– sufrieron cadenas, sevicias y vejaciones por haber confesado su fe: a ellos se les aplicó el calificativo de *confesores*, extendido después también a quienes proporcionaron su testimonio con el ejercicio heroico de las virtudes cristianas.

Tras largas y rigurosas investigaciones, la Iglesia –asistida por el Espíritu Santo– llega a proclamar oficialmente como ejemplares de santidad a algunas de esas personas. Cuando su bienaventuranza está certificada por una muerte martirial o –en el caso de los confesores– corroborada por alguna intervención extraordinaria de Dios (milagro) debidamente comprobada, la Iglesia suele autorizar su culto público local (beatificación). Sólo después de, al menos, otra indiscutible intervención divina, suele inscribir su nombre en el elenco –canon– de los santos (canonización), y les rinde culto público universal.

Mientras llegan esos actos magisteriales y jurisdiccionales, nada impide que, a título privado, los fieles recurran a la intercesión de esas personas y las consideren –también privadamente, es decir, sin prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica–

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

como modelos de una existencia cristianamente vivida. Éste es, hoy por hoy, el caso de Isidoro Zorzano. Nacido en Buenos Aires (13-IX-1902), de padres riojanos emigrantes en Argentina, Isidoro Zorzano -una vez regresada la familia definitivamente a España- coincidió durante sus estudios de bachillerato, en Logroño, con el Beato Josemaría Escrivá, de su misma edad. Fallecido prematuramente su padre, Isidoro -todavía un niño- sería el principal apoyo para su madre, aun cuando era sólo el tercero de los cinco hermanos (además de él, otros dos varones y dos hermanas). Ese carácter de puntal familiar se puso particularmente de relieve con ocasión de la ruina de los Zorzano, en 1924. A la vuelta del tiempo y después de haber terminado, en Madrid (donde se había trasladado la familia), su carrera de ingeniero industrial, Isidoro será –desde 1930– uno de los primeros fieles del Opus Dei, fundado en 1928 por su condiscípulo de la infancia.

Hasta 1936 trabajó en Málaga, como ingeniero de la Compañía de Ferrocarriles Andaluces y como profesor de la Escuela Industrial. Sus compañeros, alumnos y subordinados advertían que Zorzano –trabajador, alegre, servicial y apostólico– era un sujeto a la vez normal y extraordinario. Además de desempeñar brillantemente sus trabajos y de formar parte de la Junta de la Sociedad Excursionista, fundó también en Málaga el Colegio de Ingenieros Industriales, así como la Federación de Estudiantes Católicos; y aceptó la invitación del Obispo (Beato Manuel González García) para formar parte de la primera Junta diocesana de la recién creada Acción Católica; y sólo en ese sentido se le trae aquí a colación entre los "testigos del siglo XX".

Fue el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer quien hizo descubrir a Isidoro que todo fiel cristiano –cualquiera que sea su condición– está llamado a la plenitud de la vida cristiana; que, hablando en rigor, todo bautizado debe aspirar a la santidad, por decirlo de algún modo, "de altar" (con independencia de que, luego, se instruya o no su Causa de canonización). El Fundador del Opus Dei no sólo le transmitió esa convicción efectiva, sino que fue, para su antiguo amigo y compañero de estudios, el auténtico "Padre" que lo introdujo, alentó y guió, hasta su muerte, por la senda concreta hacia la santidad, cuyas andaduras –es conveniente advertirlo de modo categórico– desconocía Zorzano.

Por esta circunstancia, quien conoce con cierta profundidad la trayectoria cristiana de Isidoro se resiste a emplear la noción de "maestro" como categoría para el acceso a la figura de quien que siempre fue –y lo sabía– un discípulo, un hijo fiel. Pero la docilidad –cuando es inteligente y libre, como en el caso de Zorzano– constituye uno de los principales ingredientes de la prudencia, de la sabiduría cristiana. De hecho, sería erróneo entender su docilidad como la de un autómata, mero ejecutor de un programa delineado hasta sus últimos extremos. Después de casi un decenio de separación, desde que terminaron el bachillerato, se vio alguna vez en Madrid con el Beato Escrivá, cuando los dos eran ya adultos –de veinticinco años– y él, Isidoro, había terminado su carrera de ingeniero industrial.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Tres años después del reecuentro, Zorzano tendrá noticia del Opus Dei, en el que pedirá ser admitido. Isidoro, como queda indicado, por esas fechas ni siquiera sabía a ciencia cierta e qué consiste ser santo; ni, mucho menos, cómo se logra. Con la orientación y ayuda paternales del Fundador, habrá de ir descubriendo y viviendo –aislado durante años, y sin referencias previas– el modo de santificar situaciones sumamente variadas: desde la rutina de un trabajo, en ocasiones inferior a su cualificación profesional, hasta los avatares de una revolución. En este sentido, lo mismo que por cuanto atañe a su lealtad personal, la vida de Isidoro proporciona, para el siglo XXI y para siempre, enseñanzas de primera magnitud.

Pero, a fin de evitar equívocos (que, sin duda, él sería el primero en deplorar), las consideraciones que siguen se centrarán, sobre todo, en su figura como "testigo del siglo XX".

Al calificativo de testigo de una época se le pueden atribuir diversos alcances. En primer lugar, cabe entenderlo como un simple dato cronológico; y en este sentido Isidoro es testigo del siglo XX, por cuanto su arco vital (1902-1943) transcurre todo él, efectivamente, dentro de la pasada centuria. Más profundo es el sentido del "testimonio" cuando los acontecimientos –culturales, sociales, económicos, políticos y religiosos– contemporáneos inciden significativamente en la vida de un sujeto, hasta el punto de constituir elementos integrantes de la propia biografía: así suele suceder con las personas, al menos de cierto nivel, que viven en medio del mundo, como es el caso de Zorzano. Pero, desde el punto de vista de la teología espiritual, Isidoro es "testigo" de su siglo en una dimensión de mayor hondura todavía. Los fenómenos y circunstancias históricas constituyeron no un puro marco referencial, sino materia prima positiva para su santidad personal; y representaron otras tantas interpelaciones, a las que hubo de dar una respuesta cristiana, como efectivamente hizo. Vale la pena señalar algunos de esos rasgos propios de su tiempo.

Emigración

La completa pertenencia, cualitativa, a su siglo se pone de relieve desde el nacimiento en Buenos Aires, como hijo de españoles –riojanos– enriquecidos tras varios decenios de duro trabajo en Argentina, y que se disponen a regresar a la "madre Patria". El origen familiar de Isidoro encarna esa realidad, tan característica de la época, que es la emigración.

La prehistoria inmediata de Zorzano, los recuerdos que los padres desgranan en las sobremesas y tertulias, pertenecen a los años americanos. Las raíces, en cambio, casi olvidadas y el presente son españoles. Los propios padres se sentirán en España un poco extranjeros; e Isidoro mismo, que nunca regresó a su tierra natal, cargará toda su vida con cierta dosis de ambigüedad nacional. Pero, a la vuelta de los años, sabrá dilucidar dicha incertidumbre –optando decididamente

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

por su condición de argentino– y emplearla para ejercitar una caridad heroica, respecto a muchas personas (pertenecientes o no al Opus Dei), en las difíciles circunstancias de la guerra civil española.

El Madrid asediado militarmente, y dominado por un régimen persecutorio para la Iglesia, no era en absoluto un lugar cómodo. La Embajada de Argentina ofreció sacar de España a Zorzano; y el Beato Josemaría, a quien comentó esta posibilidad, le indicó que actuase "con enterísima libertad". Rehusó el ofrecimiento, pues juzgó que su condición de nacido en Buenos Aires –la nacionalidad, propiamente dicha, tardó bastante tiempo en serle concedida– le permitiría cierta libertad de movimientos para servir a refugiados, presos, religiosas, etcétera, a quienes proporcionaba alimentos, compañía, ayuda espiritual y hasta la Sagrada Comunión, aunque ello le suponía arriesgar su propia vida cada día. La Providencia divina quiso que la policía española no lo detuviese hasta principios de 1939, cuando ya disponía de un pasaporte bastante seguro y no había peligro de que lo condenasen a muerte. Al final de la guerra española, Isidoro pesaba 45 kilos. Había dado "testimonio" de cómo se puede santificar la condición de emigrante.

Crisis económicas

La vida de Isidoro refleja igualmente –y convierte en ingrediente de la santidad– los altibajos económicos que sacudieron el siglo XX.

A comienzos de 1924, cuando acababa de establecerse en España la Dictadura del general Primo de Rivera, muchas familias de "indianos" regresados de Argentina se vieron arruinados como consecuencia de una operación financiera efectuada por el Banco Español del Río de la Plata, donde tenían invertidos sus patrimonios. Los Zorzano estaban entre los damnificados. La circunstancia constituirá para Isidoro una verdadera forja en la pobreza vivida con sacrificio y dignidad, que alcanzará su pleno alcance cristiano a la vuelta de unos años, cuando –ya en el Opus Dei– haya de vivir un completo desprendimiento de los bienes materiales e, incluso, le corresponda ayudar al Beato Josemaría, precisamente, en la instalación de los primeros instrumentos apostólicos y en su gestión económica.

Es más, el sentido de responsabilidad suscitado por la quiebra familiar fue uno de los medios empleados por Dios para mantener intacta la disponibilidad vital de Zorzano hasta el momento de hacerle ver su vocación. En efecto, el deber moral –que Isidoro echó sobre sus hombros– de velar por el bienestar de su madre y hermanos le llevó a posponer las decisiones sobre su propio futuro hasta una edad en la que, presumiblemente, debería haber contraído ya matrimonio, como habían hecho sus compañeros de promoción.

Al descubrimiento de su vocación personal contribuyó, igualmente, otra circunstancia de carácter económico: la crisis mundial de 1929. Desde finales de 1928, Isidoro trabajaba como ingeniero en las oficinas centrales de los Ferrocarriles

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Andaluces, en Málaga, donde se le había encomendado elaborar un proyecto tecnológicamente puntero: la primera electrificación de varios trayectos. El hundimiento de la bolsa neoyorkina, en octubre de 1929, arrastró consigo la economía de muchos países, cuyos planes expansivos se interrumpieron bruscamente. Así quedaron suspendidas las electrificaciones ferroviarias y, con ellas, las brillantes perspectivas que alimentaba Zorzano. Este grave contratiempo, inmediatamente acompañado por algunas injusticias de carácter también profesional (que le llevaron a solicitar un cambio de destino dentro de la empresa), provocó en Isidoro un examen profundo en torno al sentido de su vida y una seria inquietud espiritual. El desenlace de su crisis sería un "sí", inmediato y decidido, a la propuesta de entrega total a Dios en el Opus Dei que le formuló el Beato Josemaría el 24 de agosto de 1930.

El Fundador y los demás que se iban incorporando al Opus Dei residían todos en Madrid, donde –como es lógico– deseaba trasladarse Isidoro, entre otras razones, con el fin de conocer a fondo el espíritu de la Obra e incorporarlo pronto a su vida. Ahora bien, el núcleo de dicho espíritu consistía en buscar la plenitud de la vida cristiana –tanto en su dimensión personal, como en la vertiente apostólica– en y a través de su trabajo profesional ordinario, que hasta entonces venía desarrollado en Málaga (en los Ferrocarriles Andaluces, según queda dicho, y también como profesor en la Escuela Industrial de la misma ciudad). En este sentido, un rasgo de la "secularidad" laical, es el hecho de que cada persona se mantiene a sí misma precisamente mediante su trabajo, de donde obtiene también los medios para contribuir a las necesidades materiales de las obras apostólicas. Pero la deficiente situación económica de España no prosperaría en mucho tiempo; y, por más que lo procuraba, no surgía para Isidoro ninguna oferta profesional satisfactoria en Madrid. De forma que, como una exigencia de su vocación peculiar, hubo de permanecer hasta junio de 1936 en Málaga, donde escribió brillantes páginas de lealtad a la llamada recibida.

Así, pues, los avatares económicos de su época tuvieron para él un sentido "vocacional", al que respondió de modo heroico.

Exactamente lo mismo sucede con las crisis de carácter ideológico y social que sacudieron a España durante la primera mitad del siglo pasado.

Conflictividad ideológica y social

No es éste el lugar para describir la tensiones que se reflejaron en golpes de estado, revoluciones, cambios de régimen e incluso una cruel guerra que desangró al país durante casi tres años. Basten como índice de la convulsión los casi nueve mil eclesiásticos españoles que sufrieron martirio (de los cuales, hasta el momento, cuatrocientos setenta y uno han sido glorificados por la Iglesia en los altares).

A este propósito, cabe señalar que uno de los lugares españoles de mayor

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

conflictividad era, precisamente, Málaga. Por poner algún ejemplo, en ninguna otra localidad, salvo quizá Madrid, alcanzó tanta virulencia como en aquella ciudad la quema de templos y conventos desatada el 11 de mayo de 1931. Y Málaga sería la primera circunscripción del país donde fue elegido, en diciembre de 1933, un parlamentario comunista.

En la vida de Isidoro aparecen todas y cada una de dichas tensiones, desórdenes, huelgas y algaradas, respecto a las que no permanece como espectador pasivo.

En ese clima ideológicamente enrarecido, el catolicismo de Zorzano se consideraba –incluso por algunos superiores– como una tacha laboral. Para justificar su categórica oposición al ascenso profesional de Isidoro en la compañía de los Ferrocarriles Andaluces, su jefe inmediato esgrimía un argumento: "*¡Qué clase de ingeniero es ése que va a Misa todos los días!*" También en la Escuela Industrial sufrió graves contratiempos a causa de sus actividades apostólicas fuera del establecimiento (concretamente, por fundar la sección malagueña de la Federación de Estudiantes Católicos). Con la orientación espiritual del Fundador del Opus Dei –quien a veces le remitía a su buen amigo el obispo local, Beato Manuel González– todo ello fue aprovechado por Isidoro para progresar en la humildad y unión con Dios.

Isidoro procuraba ser instrumento de paz en aquel difícil ambiente. Trataba por igual a todos sus alumnos, cualesquiera que fueran sus convicciones. De mostrar alguna preferencia, ésta era para los más indigentes, material o intelectuamente: en este sentido, daba gratuitamente clases particulares –en su tiempo libre– a los muchachos de menor preparación (deferencia que le ocasionó algún disgusto). En su nuevo empleo dentro de los Ferrocarriles –ingeniero de los talleres generales, tenía un trato igualmente delicado hacia todos los obreros, varios centenares, a sus órdenes: le adoraban y –cosa extraña– le saludaban respetuosamente incluso fuera del trabajo, aunque lamentaban que fuera católico practicante: "*Don Isidoro* –decían– *es un camarada más. No tiene una mala palabra para nadie y por eso le queremos; y se le sirve ¡de cabeza! ¡Lástima que sea un poco* cavernícola*!*" (es decir, creyente).

Zorzano era consciente de las injusticias sociales, que procuraba paliar dentro de sus posibilidades. Así, por ejemplo, a quienes conocían su natural apacible, les llamaban la atención sus enérgicas protestas en los organismos oficiales cuando –siendo Tesorero del Patronato Local de Formación Profesional– retrasaban el pago a los empleados (problema frecuente, para cuya solución hubo de suspender a menudo viajes a Madrid, que tenía programados con el objeto de visitar a su propia familia y estar unas horas con el Beato Josemaría). En otro orden de cosas, dedicaba muy buena parte de su tiempo libre a colaborar con múltiples iniciativas asistenciales: por ejemplo en la Casa del Niño Jesús, promovida por el Padre Aicardo S.J., o en las obras de las religiosas Adoratrices. Imitando lo que viera

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

practicar al Fundador del Opus Dei, hacía que sus amigos y alumnos malagueños le acompañaran para prestar servicios a personas necesitadas las barriadas periféricas de la ciudad, donde se le llegó a conocer como "el padre de los pobres".

Su talante unificador, de hombre que quiere bien y sirve a todos, se hizo proverbial. Así, cuando llegaron las tensiones políticas de 1936 –victoria electoral del Frente Popular–, ni las derechas ni las izquierdas conseguían nombrar en la Sociedad Excursionista, a cuya Junta directiva pertenecía desde años atrás, un Presidente aceptable para todos, hasta que alguien sugirió el nombre de Zorzano: inmediatamente fue elegido por unanimidad. No llegó a tomar posesión. Para ese momento, y por encima de los afectos personales, primaba el sectarismo "de clase": un conciliábulo de comunista y anarquistas había decretado la muerte de Isidoro, que hubo de dejar Málaga, pocas semanas antes de estallar la guerra civil.

Vitalidad católica

También por lo que atañe a la realidad católica, la biografía de Zorzano es la de un "testigo" activo de su tiempo. Como tantos otros emigrantes, los padres de Isidoro –con ser católicos– carecían de una formación específicamente cristiana que transmitir a sus hijos. Suplieron esa carencia personal haciéndoles frecuentar, una vez en España, colegios dirigidos por religiosos. De este modo, fue Isidoro, niño, quien enseñó a su propia madre las oraciones que él mismo aprendía en clase. Pero –también lo mismo que en el caso de muchos jóvenes contemporáneos– las deficiencias familiares y la pérdida del contacto con eclesiásticos, al término de sus estudios secundarios, condicionó en Zorzano el desconocimiento de lo que significaba realmente un cristianismo vivido en plenitud. Esto lo irá descubriendo –poco a poco, debido a su residencia en Málaga– en el Opus Dei.

En un primer momento, parecía concebir la santidad como la participación en el mayor número de iniciativas católicas compatibles con su trabajo. Pero, incluso al aplicar esta inexacta concepción –bastante común entonces–, lo hacía en una forma verdaderamente testimonial de las realidades más "vanguardistas" de su tiempo.

Señalada queda su actuación (1931) como fundador-promotor, en Málaga, de la Federación de Estudiantes Católicos (establecida poco antes en Madrid, por Angel Herrera Oria, ante la presión laicista militante de numerosos universitarios). Este quehacer, desarrollado con verdadera creatividad, implicó sectarias persecuciones –orquestadas en la prensa local– contra Isidoro, quien asumió riesgos físicos durante los dramáticos episodios de mayo que forzaron el exilio del obispo diocesano.

En análogo sentido, Zorzano –tras comentarlo con el Beato Josemaría– aceptó la petición del desterrado Mons. González para formar parte de la primera Junta diocesana de Acción Católica (1933), a cuyo establecimiento en España venía exhortando el Papa Pío XI. (En el verano de ese mismo año, y secundando

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

igualmente el llamamiento del Santo Padre, Isidoro peregrinó a Roma, con motivo del Jubileo extraordinario de la Redención).

Para tratarse una persona, como Isidoro, sin antecedente alguno de –por llamarlo de algún modo– "institucionalismo católico", no deja de sorprender su tino al detectar las actividades eclesiásticas más significativas de la época, y prestarles su generosa contribución personal.

Las circunstancias –guerra y postguerra– del país, así como las obligaciones profesionales y su propia enfermedad personal le hicieron disminuir ese tipo de colaboraciones. Por otro lado, un progresivo conocimiento del espíritu del Opus Dei facilitó que Zorzano fuese comprendiendo con creciente hondura el sentido de la vocación laical dentro de la Iglesia; y que la plenitud de la vida cristiana, incluida su dimensión apostólica, no significaba forzosamente ser protagonista de todas las iniciativas confesionales válidas que surgieran.

También a este propósito, Isidoro llegaría a ser –de la mano del Beato Josemaría– un "testigo" anticipado de las enseñanzas que, años después, vendría a proclamar el acontecimiento-cumbre de la vida católica en el siglo XX, es decir, el Concilio Vaticano II: "*Los laicos tienen como vocación propia buscar el Reino de Dios, ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios*" (*Lumen gentium*, 31).

Trasladado a Madrid en junio de 1936, durante la guerra española arriesgó constantemente la vida en su desvelo por las necesidades materiales y espirituales de un sinnúmero de personas. Herido ya de muerte, casi nada más terminar la guerra, volvió a su tarea profesional en la Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles (Madrid), donde por la calidad de su trabajo y su dedicación generosa al prójimo lo tenían por santo. También administraba los centros del Opus Dei, cuyos fieles veían en él un ejemplo vivo de lo que significa santificar la vida ordinaria.

Pronto tuvieron ocasión de comprobar cómo culminaba aquel proceso de santificación. Un cáncer (Hodgkin) de vías linfáticas, llevado durante dos años de sufrimiento y siete meses de hospitalización con extraordinario sentido sobrenatural, alegría y preocupación por los demás, puso de relieve la calidad cristiana del enfermo, que fallecía el 15 de julio de 1943.

El 11 de octubre de 1948 se abría el Proceso Informativo para su Canonización, que se prolongaría hasta el 19 de abril de 1961. Posteriormente, y en conformidad con las nuevas normas canónicas, el Arzobispo de Madrid constituyó un Tribunal para efectuar la llamada *investigación diocesana adicional*, que se clausuró en junio de 1994. El 30 de septiembre del mismo año, la Congregación para las Causas de los Santos emitía el "Decreto de validez" de la documentación recopilada.

Para una pormenorizada información sobre su biografía, cfr. PERO-SANZ, J.M. *Isidoro Zorzano* (4ª edición). Ed. Palabra, Madrid, 1997.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei